

LAS CONCEPCIONES DEL DOCENTE

Prof. Guillermo Sánchez Moreno Izaguirre
Asesor Pedagógico de la Secretaría General del
Ministerio de Educación

Juan Carlos Tedesco y Emilio Tenti escribieron el 2004 un texto que lo titularon *Nuevos maestros para nuevos estudiantes*¹. En él hacen un recorrido histórico del oficio de maestro. Piensan que, desde su origen, se planteó en este oficio una tensión entre dos paradigmas: el de la vocación vs. el del oficio aprendido. Y creen que el peso de la historia está presente en las dimensiones materiales del sistema educativo republicano (edificios, aulas, textos escolares, recursos didácticos) y en sus agentes, es decir, en las mentalidades, identidades y prácticas de los maestros.

De una u otra manera, llevamos el activo y el pasivo del ayer porque somos fruto de lo sembrado y de lo vivido. Hemos tenido la visión del maestro-sacerdote-apóstol, la del trabajador-militante y la del profesional.

El primero, producto de la cristiandad, se gesta en el Medioevo y se concreta en el siglo XVII. Tiene entrega y compromiso, apuesta por el espíritu. No interesa cuánto se percibe como remuneración, a veces ni siquiera preocupa si ella existe. Se origina en los monasterios que trataban de transmitir el saber y la fe en la escuela monacal, que era oral, y llega cuando aparece la imprenta a las escuelas cristianas. Es un hacer que es signo de una fe. No cobra por lo que enseña como tampoco cobra el sacerdote que escucha a un

feligrés con paciencia y, a veces, con pesar.

El segundo, el trabajador-militante, es producto de la era industrial. Es aquél que ha descubierto que mientras él se entrega generosamente, los demás le cobran por lo que le hacen. Tiene que pagar por la casa, por la comida, por la ropa, por la educación de sus hijos, a pesar de que él mismo la da a otros. Tiene un gran empleador que es el Estado y, como son muchos trabajadores de escuela los que ofrecen este servicio, la paga es poca porque las arcas fiscales no resisten el peso de una remuneración justa y digna para un servicio que se da en forma personal. Entonces, exige las demandas que siente justas y se convierte en un trabajador militante y luchador. Las luchas gremiales sustituyen al servicio gratuito y sin tiempo fijo, y aunque puede seguir existiendo el compromiso social personal, se ve seriamente cuestionado cuando el maestro-trabajador-militante se percató de que con sus medidas de fuerza a quienes más perjudica es a los más pobres porque ellos no pueden subsanar la falta de información de otra manera. Pero no le queda otra, porque es un trabajador asalariado, porque no recibe honorarios y trabaja en una relación de dependencia que lo lleva al corporativismo. El trabajo docente está en ese momento en las antípodas del trabajo autónomo.

El tercero es el profesional de la

educación. La era industrial ya pasó, estamos en la del conocimiento. El oficio de maestro ha dejado de ser un oficio de un operador, que sólo hace lo que le mandan o instruyen, para convertirse en el trabajo profesional de un especialista que desempeña su actividad autónomamente y que, por ello, necesita poseer competencias racionales y técnicas, exclusivas de su profesión, las que adquiere en un espacio y tiempo determinado. Este profesional tiene que estar en capacidad de conocer cómo opera el cerebro humano y saber la afectividad para desarrollarse humanamente y aprender y, además, debe poseer los conocimientos esenciales y potentes del área que enseña, así como las aptitudes, habilidades y destrezas que ella precisa para actuar con competencia.

Para Tedesco y Tenti, a pesar de las transformaciones que describiremos a continuación, la definición del oficio de enseñar supone una combinación de los elementos señalados: vocación-apostolado, trabajo asalariado y profesionalidad.

Para ser un buen maestro no basta el dominio de competencias científico-técnica específicas, por el contrario, como textualmente señalan Tedesco y Tenti: "en la definición de la excelencia docente el compromiso ético moral con el otro, una cierta actitud de entrega y desinterés adquieren una importancia fundamental en el desempeño del

oficio". Además, la mayoría de los docentes prestan servicios en instituciones escolares; por ello, en la mayoría de los casos es un funcionario asalariado, que trabaja en relación de dependencia y recibe un salario y no un honorario, por eso está sindicalizado y lucha colectivamente por la defensa y mejora de sus condiciones de trabajo. Finalmente, su condición profesional viene del hecho que para el ejercicio de su oficio requiere ahora un dominio de competencias racionales y técnicas y de un margen de autonomía que le permite enfrentar con éxito las diferentes y particulares situaciones que se dan en el grupo humano que tiene bajo su responsabilidad en el aula.

Para precisar mejor el trabajo del docente es necesario tener en cuenta que la actividad docente es profundamente relacional, no sólo por la interacción intensa que tiene con el alumno, en un trabajo cara a cara, sino también porque el docente es uno de los puentes importantes entre lo producido por el hombre en el devenir de la historia y lo que transmite a las generaciones futuras, cuando se ha institucionalizado, sino también porque al otear el horizonte para el que prepara a las jóvenes vidas, el profesor debe estar atento para ayudar a desechar lo que ya no tiene validez por haber sido superado y atender a la necesidad de descubrir lo que, tal como van las cosas, es posible que tenga que ser revisado. Debe ser un especialista del trabajo en incertidumbre y certeza.

Anteriormente he señalado que la escuela de hoy no puede ser una réplica mejorada de la que

tuvimos nosotros. Seguiré repitiendo que el mundo ha cambiado y, por eso, la escuela debe cambiar sino correremos el riesgo de ser, como decía el Dr. Carles Monereo, de la Universidad Autónoma de Barcelona (2003): "A menudo la escuela enseña contenidos del siglo XIX con profesores del siglo XX a alumnos del siglo XXI".

Demos un vistazo a la realidad y esta vez no a lo tecnológico para no ser recurrente sino a lo social. En el origen del Estado moderno la socialización de las nuevas generaciones descansaba sobre tres organizaciones: la familia, la iglesia y la escuela. La familia y la Iglesia han experimentado profundas transformaciones como resultado de macro procesos de largo plazo, como el avance contradictorio de los procesos de secularización porque el prescindir de lo divino va acompañado de nuevas formas de religiosidad, la presencia cada vez más invasiva e íntima de los medios de comunicación de masas y otros consumos culturales, la incorporación de la mujer al mundo del trabajo, la fragmentación e inestabilidad de las configuraciones familiares, los cambios en los modelos de autoridad. Y ahora, se le pide a la escuela que dé lo que la familia y la Iglesia ya no pueden dar como lo hacían antes. Por ello, la crítica a la escuela se da en distintas latitudes y economías. Además, como el mundo ha cambiado y hemos incorporado gradualmente los cambios en nuestra vida y en nuestra mente, no nos hemos dado cuenta de los cambios y los hemos pasado a la escuela.

El Dr. Juan Carlos Tedesco dijo,

en su Conferencia a Empresarios en Argentina el 2002, que nadie está satisfecho con la oferta educativa que tiene y que todos los países están intentando, por ello, reformas educativas. Y la Dra. Madhu Sing, hindú que trabaja en Alemania, escribió en noviembre del 2003: "Evaluaciones internacionales de gran escala, como el estudio reciente del PISA, han dado pie en los países industrializados a la discusión sobre la calidad de los sistemas educativos. En el centro de este debate suele encontrarse la calidad de la enseñanza. En un artículo que apareció hace poco en la revista *Der Spiegel* (2003), los maestros eran severamente criticados por la pobre calidad en cuanto a logros de aprendizaje que presentan los alumnos en Alemania, comparados con los de otros países industrializados (...) El artículo citado señala que la escuela es como una caja negra en la que se dictan clases, como por arte de magia. Apenas es posible comprobar si un docente trabaja bien o mal, o qué es lo que los niños tienen que saber cuando termina el año escolar."

La escuela que tenemos hoy, he escrito anteriormente, nace con la finalidad de incorporar masivamente a la población infantil en un universo cultural que requería la lecto-escritura fonética, es decir, la alfabetización. Además, la organización social e institucional, civil y religiosa de esa época era vertical en la sociedad civil, con la monarquía; y en la religiosa, con la Iglesia. Para incorporar en este sistema al niño y al joven, se trataba de enseñarle, además de leer y escribir, para acceder a la cultura y conocimiento institucionalizado, a aceptar y obedecer a la autoridad,

esta aceptación permitía incorporarse exitosamente al sistema social vigente. Quien representaba en la escuela a la autoridad monárquica y religiosa era el maestro; se aprendía a escucharlo, a reproducir lo que decía y a obedecerlo; de ahí la repetida frase "Magister dixit". Por eso, según el Dr. Eugenio Rodríguez Fuenzalida (1999), Carlos III estimando que el niño de las colonias necesitaba cuatro años para aprender a ser súbdito de la Corona dispuso que la educación primaria durase cuatro años.

Caracteriza a nuestra época el cambio, la globalización de las comunicaciones y la economía, la demanda a que lo que se ofrezca se ajuste a aspiraciones y expectativas individuales o locales, la exigencia a que lo que se pide sea satisfecho rápido y el sentimiento

de desconocer lo institucionalizado si no es útil. Hernández (2001) escribe que: "Una serie de signos refleja un cambio radical a escala planetaria: una época está terminando. (...) La rapidez de los cambios ha desestabilizado los modelos de su propia interpretación: ninguno permite comprender a cabalidad la transición del orden moderno al que lo reemplazará".

Todo esto hace que nuestras respuestas educativas tradicionales, que fueron exitosas en otro tiempo, tengamos que revisarlas porque tal vez perdieron vigencia. Ha llegado el momento de responder a uno de los desafíos que nos presenta la realidad: construir un nuevo tipo de escuela y de maestro que esté preparado para tomar decisiones autónomamente, como corresponde a todo profe-

sional. De ahí surge la necesidad de explorar nuevos caminos, y la necesidad de hacerlo en compañía, para no repetirnos estéril e inútilmente, porque eso es desperdiciar recursos y tiempo en un país que los tiene muy escasos. Por eso debemos comunicarnos y compartir.²

NOTAS

1. En: "Maestros en América Latina: nuevas perspectivas sobre su formación y desempeño". PREAL, BID, 2004.
2. Sánchez Moreno, Guillermo. Conferencia en la VIII Red del Sur, ISP La Salle de Urubamba: "Retos en la formación inicial docente, innovaciones y redes educativas en el Perú", 2004.